

Montpezat subió á la cubierta del *Mistral*, no poco sorprendido de la respuesta de Katchar. Cuando quedaron solos en el entrepuente con los marineros, el domador y el indio fueron festejados y felicitados por aquellos como héroes, mientras que la cantante de opereta modulaba una canción parisién, dejando oír entre el ruido del mar sus atrevidas y agudas notas.

III.

Placial Estradère.

El capitán Montpezat se hallaba verdaderamente sorprendido.

—¿Quién es ese diablo de indio? (se preguntaba.) ¿Un demonio? ¿Y el otro, el perigordés, mi paisano? ¿Se pueden imaginar seres más serenos ni más bravos? El que me cuente sus historias, me proporcionará un gran placer.

Desde que el capitán Montpezat conoció á Placial Estradère, había creído entrever en éste un hombre extraordinario.

Durante la travesía habían sostenido largas conversaciones; y como, por otra parte, un paisano es casi un amigo, y los comunes recuerdos de la infancia reposaban, por decirlo así, al pie de las mismas viñas, bajo los mismos castaños ó higueras perigordesas, una simpatía profunda, desarrollada rápidamente, se había establecido entre ambos.

El Capitán, que tenía un profundo conocimiento de los hombres, había, desde la primera entrevista, adivinado en Placial Estradère una de esas naturalezas privilegiadas, enérgicas, tan duras como el acero, que no tienen nada de la ligereza y movilidad común.

Esta potencia latente que acababa de manifestarse tan heroicamente delante de los leones en libertad, había acercado casi de un golpe al capitán Montpezat á su paisano, y más de una vez el comandante del *Mistral* había tratado de intimar más con aquel hombre. Pero el domador se mostraba siempre muy reservado.

Se batía en retirada, política pero tenazmente. Podía pensarse que tenía el pudor de un secreto que quería guardar á todo trance.

En cuanto se refería á las costumbres de los animales que formaban su colección, á sus aventuras de domador, y á las pruebas por que había tenido que pasar para conseguir que los leones y tigres se arrastrasen sumisos bajo su mirada, Estradère se mostraba explícito y confiado. Hablaba de sí mismo, de los peligros que había corrido y de las dificultades vencidas, con una franca sencillez; pero si Montpezat le pedía informes sobre su existencia íntima, sobre las causas que le habían hecho adoptar el oficio de domador, Placial se mostraba en el acto reservado, y guardaba un silencio sombrío, tomando un aspecto feroz. Entonces saludaba, bajaba la cabeza dirigiendo á su alrededor miradas parecidas á las de una fiera perseguida que intenta escaparse, y se alejaba.

—¡Diablo de hombre! (decía Montpezat.) ¡Podría juzgarse que tiene *alguna cosa* sobre la conciencia, y que su pasado le pesa! ¡Pero no! Ha sufrido mucho, sin duda, y esto puede explicar la conducta extraña de este hombre. Por otra parte, debe danzar en esto alguna mujer. ¡Ah! ¡Condenadas hembras! ¡Y yo soy un imbécil, renovando así sus sufrimientos!

El Capitán adoptó, pues, el partido de no interrogar en lo sucesivo al domador acerca de su vida íntima.

De vez en cuando le preguntaba:

—¿Habéis ganado mucho dinero en el Brasil?

Placial respondía:

—Sí, he ganado allí sumas bastante considerables. Esto es conveniente. El dinero representa el respeto y la consideración.

Pero aquí terminaban sus confianzas. Así, pues, el capitán Montpezat no quería arriesgarse á preguntar más, por no parecer indiscreto.

Un día preguntó por casualidad al domador:

—¿Hace mucho que abandonasteis la Francia?

—Hace tres años.

—¿Antes de la guerra?

—Sí; un año antes. Dí en 1870, en Nueva York y en Nueva Orleans, representaciones á beneficio de los heridos franceses de nuestros ejércitos del Rin, de la Loire y de los Vosgos. Hubiera preferido batirme al lado de nuestros camaradas, pero estaba muy lejos. Se hace lo que se puede, y el que esto realiza, cumple con su deber. ¡Ah! Si todo el mundo comprendiera bien esta palabra: *¡El deber!*

—¿Y esa cicatriz?

—¿Esta? (había dicho Placial, sonriendo y llevando la mano á su mejilla.) ¡Oh! Esto no es nada.

—¿Se la ha hecho á V. alguna fiera?

—¡Tal vez!

Y el domador, girando sobre sus talones, había abandonado repentinamente al Capitán, que entró en su cámara exclamando:

— ¡Truenos de Mahoma! ¡Es misterioso y difícil de descifrar este hombre! Decididamente no llegaré á saber nada.

Placial Estradère podía, en efecto, pasar como una especie de problema viviente. Se notaban en él las trazas de una educación esmerada, mucho más perfecta que la que de ordinario demuestran los hombres de su profesión. Poseía, sin duda alguna, un gran caudal de conocimientos. Más de una vez se le había oído discutir con los pasajeros sobre asuntos especiales, demostrando talento é instrucción. ¿Cómo, y por qué serie de vicisitudes, un hombre de carácter dulce y casi tímido, había llegado á decidirse á vivir en sociedad con leones, tigres y serpientes?

Al verle sobre cubierta, apoyado en la mura del *Mistral*, ó sentado sobre un rollo de cuerdas, pensativo, con la mirada errante y la abstracción del que sueña despierto, se le hubiese tomado por un enfermo que aspiraba con avidez los aires puros del mar. Mas cuando se levantaba y se erguía, como lo había hecho delante de los leones, se comprendía que sus miembros delgados y duros como barras de acero, podían desarrollar una fuerza hercúlea, y los más audaces hubieran retrocedido ante su mirada.

Montpezat, excitada vivamente su curiosidad, había renunciado á penetrar directamente los secretos de su *paisano*, como él le llamaba, y había tratado de hacer hablar á Katchar, procurando obtener de este fantástico encantador de serpientes la verdad sobre Placial; pero el indio se había limitado á contestar que el domador le había encontrado un día en Londres y le había salvado; que él

se haría matar ó mataría á cualquiera al más ligero signo de Estradère. He aquí todo lo que logró saber. Después, el indio había permanecido silencioso.

Era, pues, tan difícil hacer hablar á Katchar como á Placial.

El comandante del *Mistral* estaba, pues, condenado á no adivinar el secreto de Estradère.

Cuando el *Steamer* llegó al Havre, Montpezat había tratado aún una vez más de hacer hablar á Placial; pero, al fin y al cabo, nada había podido obtener.

En el Havre, Placial Estradère vigilaba atentamente el desembarque de las jaulas que encerraban las fieras. Los curiosos se apiñaban sobre el muelle, mirando con una medrosa sorpresa aquellos bultos enormes, que contenían en gruesos caracteres, sobre las cubiertas que envolvían las jaulas, estas palabras: *Colección de fieras de Estradère*. De vez en cuando se oían salir de aquellas celdas ambulantes, ronquidos ó rugidos prolongados y lúgubres.

El indio llamaba especialmente la atención.

— ¡Bueno será (decían algunos), que la colección Estradère se detenga algún tiempo en el Havre!

El *Journal du Havre* y el *Havre*, informados sin duda por el capitán del *Mistral*, habían insertado la historia de los leones escapados y de las serpientes encantadas por Katchar, añadiendo la fórmula consiguiente de: «*Creemos inútil advertir que, en lo sucesivo, el capitán Montpezat no tomará á bordo de su steamer animales peligrosos*». La aventura, como es natural, había hecho mucho

ruído, y la tripulación entera del *steamer* hablaba de dar un banquete á bordo del *Mistral*, ó en uno de los hoteles de la villa, en honor de Placial Estradère y del indio.

Placial rehusó.

—¿Por qué rehusáis?—le preguntó Montpezat.

—Porque no me detendré en el Havre.

—¡Vaya un capricho! ¡Tendréis de seguro ingresos considerables!

—Es posible; pero el dinero no lo es todo en el mundo.

—¡Ah! (dijo el Capitán.) ¿Pero al menos, antes de partir, aceptaréis nuestro banquete? No temáis nada. La tripulación del *Mistral* no quiere haceros comer serpiente ni tragar *cobras di capello*.

—No insistáis, Capitán, os lo suplico (respondió Placial con voz triste). Estoy reconocido á esta prueba de simpatía, que no merezco después de todo, pues me correspondía á mí, á mí sólo, conjurar el peligro con que mis animales amenazaban á los pasajeros; pero no me gustan los banquetes ni las demostraciones públicas. Guardad de mí el recuerdo de un compañero que el azar ha puesto en vuestro camino, y que siente mucho el haberos causado la menor molestia. Por mi parte, os aseguro que no olvidaré al Capitán del *Mistral*, ni la confianza que ha tenido en mí durante un momento. Un recuerdo; ¡ah!; esto basta. En verdad, no hay nada como los recuerdos en el mundo. Sí, Capitán; no hay nada como ellos: sean deliciosos ó crueles, como se quiera, esa cosa impalpable, esos fantasmas que son como el humo, bastan para mataros, lentamente, día por día, como una enfermedad

crónica, ó á haceros vivir como el licor que repara y reanima vuestras fuerzas.

Y mientras hablaba, los ojos negros de Placial se inflamaban con un fuego sombrío. Su voz tenía acentos desgarradores, y sus pupilas parecían seguir á través del espacio una visión que Montpezat no podía adivinar.

Aquella misma tarde quiso el domador marcharse á París.

—Pero, á la verdad (dijo el Capitán); ¿qué es lo que os llama á París?

—¿Lo que me llama? Un aniversario,—contestó Placial.

La marcha no debía tener lugar hasta algunas horas después. Y puesto que era imposible al Capitán ofrecer el banquete al domador en nombre de la tripulación, Montpezat, instado por los pasajeros del *Mistral*, fué á dejar un recuerdo más duradero que una comida en manos del hombre cuya bravura habían admirado todos.

Katchar vigilaba en la estación la colocación sobre los vagones de las cajas que habían de transportarse á París en tren especial, y Estradère se había sentado delante de una mesa del restaurant de la misma estación, cuando entró Montpezat, y con afable sonrisa, le dijo:

—*Paisano*, si las comidas os dan miedo, nos dispensaréis la merced de aceptar un ramo de flores; sí, de flores, simplemente. ¡Y como esto vale tan poco, espero que no lo rehusaréis!

Entonces el Capitán presentó riendo al domador un enorme ramo de violetas que había tenido hasta aquel momento oculto tras de sí.

—Conservadle, querido *paisano*,

UNIVERSIDAD DEL NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1506. 1625 MONTERREY, MEXICO

de las pasajeras y tripulantes del *Mistral*. Ha sido idea de las primeras, entre las cuales hay algunas que os adoran y os profesan un verdadero reconocimiento. En resumen: estas flores se os envían en nombre del bello sexo. ¡Quejaos ahora!

El marino alargó á Placial el odorífero ramo; pero el domador, sentado poco antes, se había levantado bruscamente, y miraba el ramo con aire extraño, la mirada extraviada y el rostro pálido.

—¡Violetas! (murmuró con extraña expresión, en la cual se mezclaba la sorpresa y el espanto.) ¡Violetas á mí!....

—¿Os contraría el regalo?—dijo Montpezat, tratando de sonreír, pero comprendiendo que el domador sufría horriblemente.

—¡Violetas! (repetía Placial, cuya voz, dulce habitualmente, era estridente ahora.) ¡Violetas! ¡Y bien; han tenido una peregrina idea las pasajeras del *Mistral*! Un puñado de ortigas hubiera sido mejor que ese ramo. ¡Ah, Capitán, Capitán!.... Si supierais.... ¡Si supierais todos los sufrimientos que me recuerdan esas pequeñas flores!

Y miraba las violetas con una expresión tan feroz, que Montpezat, con un movimiento imperceptible, deslizó el ramo, desde la mesa donde le había colocado, á un taburete que estaba al lado, y lo ocultó tan bien, que Placial no volvió á ver aquellas flores.

Un cambio tan radical y terrible se había verificado en la fisonomía de Estradère, que, al levantar los ojos hacia él, Montpezat quedó aterrado.

El domador estaba lívido; sus labios habían tomado el color de las violetas, y parecían los de un cadáver; temblaba, agitado por movimien-

tos convulsivos, y sus pupilas negras, aquellas pupilas que se fijaban magnéticas y victoriosas sobre los ojos guiñones de las hienas y en los espantosos de los leones y tigres, parecían extraviadas.

—¿Qué tenéis? Pero, ¿qué tenéis, pues?—le dijo Montpezat, horrorizado por la completa modificación que se había operado súbitamente en los rasgos de su fisonomía.

Placial dejó escapar una risa seca y dolorosa, que produjo al marino escalofríos. Sin embargo, lejos de aparecer abatido, de pie como estaba, erguido y firme, parecía desafiar alguna visión ó hacer frente á algún penoso recuerdo.

—¿Qué es lo que tengo? (dijo de repente, con la violencia del hombre á quien un secreto ahoga y encuentra un triste alivio en confesar.) ¡Qué es lo que tengo! Que veo sobre esas flores manchas que no habéis llegado á apereibir.

—¿Manchas?—dijo el Capitán.

—Sí, manchas; ¡y manchas de sangre!—repitió Placial con voz sombría.

—¡De sangre!—balbuceó Montpezat, adivinando que el cambio que se había verificado en el rostro y en la expresión del domador, tenían por causa el remordimiento.

Pensó que al fin iba á conocer su secreto, y á saber quién era aquel hombre extraño que, mostrándose tan bravo delante de los leones, acaso habría sido cobarde y criminal delante de los hombres. No era ciertamente sobre las violetas regaladas por las pasajeras del *Mistral* donde existían las manchas de sangre, sino sobre la existencia del domador, y sobre sus manos, donde acaso podrían hallarse manchas rojas.

—¿De sangre?—repitió de nuevo Montpezat.

—Bien se conoce, *paisano* (dijo bruscamente Placial), que no habéis leído la *Gaceta de los Tribunales*. De algo sirve el ser marino. Entre el cielo y el agua se ignoran las atrocidades que ocurren en tierra. ¡Es mejor soportar las tempestades del mar que sufrir las locuras de los hombres!

Los escalofríos que había sentido Montpezat momentos antes, le acometieron de nuevo con más intensidad.

—¡Truenos de Mahoma! (pensaba.) ¿Será posible que este hombre sea un malvado?

Y miraba la cicatriz marcada en la mejilla izquierda de Estradère, que, sobre la lividez de su semblante, parecía más blanca.

Esta cicatriz la miraba ahora el Capitán como el estigma del crimen, como la *marca* eterna de una maldad.

Placial adivinó en las miradas del marino este pensamiento, esta duda, esta sospecha.

—Creo (dijo amargamente Placial) que vacilariais ahora en darme la mano, si yo os tendiera la mía.

—¿Yo?

—Sí, vos. ¡Oh! ¡pardiez! ¡no os defendáis! ¡En verdad que seriais injusto al abrigar semejantes escrúpulos, Capitán! He arreglado mis cuentas con la justicia, y he obtenido una completa absolución.

—¿Erais, pues, inocente?—preguntó con júbilo el Capitán del *Mistral*.

—¡Inocente para el jurado, sí; para mí, no!—respondió Placial.

Montpezat no comprendía una palabra de todo aquello.

—El crimen cometido (continuó el domador), es de aquellos que, según parece, se tiene el derecho de cometer. A ciertas horas y á determinados seres, la ley humana contesta atrevidamente: *¡Puedes vengarte, puedes hacerte justicia! ¡Ve, hierre, mata!* Yo he matado con el Código en la mano. ¿Soy asesino? No. ¿Culpable? No. ¿Matador? Sí, porque he matado á un hombre. Me han juzgado, y he sido absuelto. He aquí todo.

Placial había pronunciado estas palabras con un tono feroz.

En su semblante apareció la mortal palidez de la agonía.

Sus pupilas dilatadas lanzaban miradas esquivas.

Montpezat sentía malestar, y trató de distraer al domador de estos pensamientos fijos.

—Veamos (dijo): ese hombre.... os había insultado...., robado....

—¡Oh sí!.... Sí, ¡robado, robado!.... ¡Robado.... todo lo que yo amaba más en el mundo! ¡Mi mujer!

—¡Entonces fué un criminal!....

—¡Era mi amigo!

—¿Vuestro amigo?—dijo el Capitán.

—Sí, el hombre mejor, más afable y obsequioso del mundo. ¡Ah! ¡Si me hubieran dicho que uno de nosotros dos debía matar al otro!.... ¡Francisco!.... ¡Francisco!.... ¡Mi pobre Francisco!

Montpezat apercibió entonces en los enrojecidos ojos de Placial dos gruesas lágrimas que pendían de sus largas pestañas.

—Cuando las mujeres se proponen ser malas (continuó el domador), llegan á ser perversas. Nada hay en el mundo mejor que ellas, cuando no son todo lo que hay de más malo. ¡Dichosos de aque-

llos que encuentran una santa! Yo.... ¡Oh! ¡yo había encontrado un demonio! Vos mismo vais á juzgar. Nosotros es probable que no volvamos á encontrarnos jamás, Capitán. ¡Pues bien! Antes que el tren me aleje de aquí, vais á escucharme. Sabréis al menos mi historia. Es, sin duda, la historia de un desgraciado, pero no es la de un miserable; y, al separarnos, espero que no vacilaréis en darme la mano.

—¡Placial!....

—¡Bien, bien, está bien! Yo sé lo que digo,—dijo el domador.

Y pasando la mano por sus ojos, empezó á hablar con una especie de voluptuosidad siniestra, la voluptuosidad de un herido de muerte, que ve correr su sangre y extinguirse su vida.

IV.

Cecilia.

—Nací, como sabéis (dijo Placial), en San Alvere. Si habéis ido de Périgueux á Bergerac, habréis atravesado probablemente esa tranquila población, cabeza de partido, tan pintoresca, con su antiguo castillo arruinado, con sus fosos llenos de zarzas y de ortigas, donde, siendo niño, más de una vez pisé las culebras al tratar de coger las lagartijas que se calentaban al sol sobre aquellos muros agrietados. Cogiendo entonces las culebras con mis manos, empecé á familiarizarme con estas alimañas. Yo poseía una facultad muy rara, que más de un ser humano posee, según parece; los animales se me acercaban fácilmente; los perros me seguían, mirándome con sumisión, cuando me veían, y los pájaros venían con frecuencia á posarse sobre mis hombros. Hice la prueba de presentarles mi mano llena de migajas de pan ó de alpiste, y los gorriones vinieron batiendo sus alas, tomaron su comida de la concavidad de mi mano, y se marcharon cantando para mostrarme su alegre gratitud. Se llama á eso magnetismo; pero yo creo que los animales toman cariño al que los quiere, y en eso debía consistir la atracción que por mí experimentaban. Todo lo